Y LA VOCACIÓN, ¿PARA CUÁNDO?

Jorge Alberto López Guzmán
Docente del departamento de geografía
Universidad del Cauca

El pasado 5 de diciembre se publicaron los resultados de las Pruebas Pisa, que evalúan los conocimientos en matemáticas, lectura y ciencia de los estudiantes de 15 años de 81 países. Siendo estas las primeras pruebas posteriores a la pandemia, era de esperarse que los resultados no iban a ser satisfactorios. Colombia no fue la excepción. Si bien, hay avances en términos de la educación secundaria universal, sigue habiendo rezagos en lectura y matemáticas, ocupando el puesto 58 en la lista de resultados.

Sin embargo, en medio de los diferentes análisis que se han realizado sobre el comportamiento en las pruebas, donde se ha puesto de manifiesto que se deben seguir cerrando las brechas en la educación preescolar, básica y media, así como seguir fortaleciendo la educación superior, destacándose temas recurrentes y estructurales como inclusión tecnológica, adecuación en infraestructura, apoyo para la formación en posgrados y salarios y vinculación de los profesores, priorización de la salud mental de los estudiantes, bilingüismo como estrategia de competitividad y avances y retos en la alimentación escolar, considero pertinente reflexionar, sobre otro tema esencial, y es si los profesores que nos encontramos vinculados en colegios y universidades, no solo tenemos la formación, sino la vocación para desempeñar ese rol tan complejo.

Los profesores no solo debemos tener conocimientos en las temáticas o áreas en las que orientamos clases, sino tener la vocación para trasmitir ese conocimiento. De nada sirve tener profesores con maestrías y doctorados, sino cuando llegamos a las aulas no tenemos empatía ni capacidad de trasmisión y apropiación de nuestros conocimientos.

Lo anterior me hace recordar que, a finales de 2023, se estrenó la película *Radical* del director Christopher Zalla y protagonizada por Eugenio Derbez, basada en hechos reales sobre la vida de un maestro en una ciudad fronteriza mexicana llena de abandono, corrupción y violencia, que prueba un método radicalmente nuevo para desbloquear la curiosidad, el potencial e incluso el genio de sus alumnos. Asimismo, se estrenó la película *El Maestro que Prometió el Mar*, dirigida por Patricia Font y protagonizada por Enric Auquer, esta describe la vida de un joven profesor que mediante un innovador método pedagógico inspiró a sus alumnos y les hizo una promesa, logrando cambiar la perspectiva desde la que habían visto la vida hasta ese momento.

Se podrían enunciar otras películas, libros, documentales o material basado en hechos reales donde los profesores se destacan no solamente por su inteligencia o formación académica, sino por su motivación e inspiración hacía sus estudiantes. Es decir, por su vocación para estar en las aulas e intentar cambiar vidas dentro de ellas; estas películas vislumbran esa profesora o profesor que su preocupación primordial no son los resultados de unas pruebas estandarizadas, ni la imposición del conocimiento para calificar a sus estudiantes cuantitativamente, sino por intentar motivar e inspirar a sus estudiantes y enseñarles a soñar desde las aulas de clase, entendiendo que las aulas son la vida misma y que es más importante enseñar a los estudiantes que cada uno puede cambiar su vida y la de sus familias desde la educación.

Tal vez, para muchos, estas películas pueden ser idílicas o, para otros, solo muestran lo que debería ser la educación y que muchos profesores han ejercido. Reconozco que, después de haber estudiado desde el preescolar hasta el doctorado, podría rememorar muy pocos profesores que, a mí parecer, tenían vocación para serlo.

Aunque con mayor precisión, mis remembranzas se detienen con aquellos que se atrevieron a enseñarme algo para la vida, esas lecciones que no se encuentran en

un libro, ni se aprenden en la universidad, porque esas enseñanzas son aquellas en las cuales la vocación se desborda en un consejo abrigado de lección, en una historia de vida fantasiosa o en una anécdota atemporal, porque es en ese momento cuando agradeces esa correspondencia entre la enseñanza y las emociones, porque *bienaventurados los profesores que de ellos será el reino de enseñar a soñar*.

Por lo tanto, me preguntó «y la vocación, ¿para cuándo?». Es decir, las entidades gubernamentales deberían preocuparse no solo por la formación, sino también por la vocación, pensar que entre más doctores tengamos, mejor será la educación, es algo que debemos reflexionar, porque, probablemente, alguien con licenciatura o pregrado o, solamente, con maestría, podría tener la vocación que a muchos les falta. Eso sí, sin desconocer que la formación académica podría ayudar a consolidar aquellas habilidades y competencias pedagógicas e investigativas que como profesores podemos desarrollar para ayudar a encontrar soluciones a las problemáticas socioambientales que se viven.

El rol que tenemos los profesores en confrontar las imposiciones que el futuro ha cimentado en la vida de nuestros estudiantes, disponiendo de la fortuna de agenciar sus talentos recónditos y extraordinarios y de enseñar a soñar con cambiar el mundo, donde confrontemos el establecimiento con ellos y nos concibamos como héroes de sus vidas que no tienen miedo a trasmutar su contexto y revolucionar la vida de aquellos que han perdido la pasión por la transformación y que el miedo al fracaso se ha enquistado en su ser.

Recordemos la responsabilidad tan inmensa que tenemos, no solo es ir a dar una clase, *es enseñar para resistir*, porque el aula es la vida misma. Seamos esos profesores inolvidables que dan clases inmortales, colmadas de pasión, vehemencia y amor, porque en ellas se enaltece la más valiosa de las vocaciones: ser profesor. Hagamos que los estudiantes reivindiquen su creatividad, su capacidad de asombro, incitémoslos a devorarse el mundo, a descifrar la sensibilidad de las situaciones

arduas que impone la vida, afrontando su cotidianidad y contexto con miras a combatirlo.

Uno llega a ser profesor por vocación o por sorpresa. Por eso, a todos aquellos que quieren llegar a serlo, no pierdan la noción de responsabilidad con sus estudiantes, deconstruyan la ortodoxia y la magistralidad que ostenta la academia, conciban al estudiante como un universo colmado de sueños y, sobre todo, no actúen como ese profesor que les invalidó sus ilusiones y abolió sus sueños, sino que reivindiquen a aquellos que les enseñaron a amar el conocimiento y su posibilidad de convertirlo en herramienta de transformación.

He escuchado muchas veces a estudiantes manifestar en voz alta «ese profesor sabe mucho, pero no sabe trasmitir», «ese profesor no tiene pedagogía», «ese profesor debería dedicarse a otra actividad», «ese profesor no sabe enseñar», etcétera. Es importante manifestar que, en este escrito, no estoy hablando de las responsabilidades de los estudiantes, solo quiero reflexionar sobre nuestro rol como profesores, porque he tenido excelentes investigadores como profesores o algunos que no sé por qué estaban ahí, pero, sinceramente, nunca me motivaron e inspiraron, de hecho, muchos causaron lo contrario, es decir, me desmotivaron, porque su arrogancia y egoísmo era lo único que compartían con nosotros los estudiantes.

Por lo tanto, inmortalicemos nuestros años de estudiantes, nuestros miedos, sugestiones o alicientes, porque hoy en día tratamos con la confluencia de incertidumbres, angustias y euforias que ostentan nuestros aprendices; de ahí que, el mayor redito que se puede generar en un aula, es hacer clases únicas e irrepetibles, esas donde aprendes lo disciplinar, pero también cuestionas lo cotidiano, donde exploras lo científico y debates con el sentido común, donde te sorprendes de las obviedades, mientras descubres el futuro.

No hay lugar más icónico y sublime que un pupitre de clase donde se labran las curiosidades y experiencias más representativas del ser humano que se convierte en aprendiz, porque las aulas son el lugar más representativo de la opresión o liberación del espíritu humano. Por lo tanto, reivindicar los sueños de los estudiantes debe ser una apuesta más allá de lo institucional, donde toda temática sea acogida con la mayor emoción, cada problema con la mayor resiliencia y cada pregunta con el mayor asombro. De esta manera, cada clase debe servir como escenario de vinculación del conocimiento con la realidad y podamos entender las cátedras inigualables como una de las mayores virtudes de los profesores.

En definitiva, hoy en día, trato de replicar algunas de las cosas de esos profesores que me enseñaron algo para la vida e intento no reproducir aquellos comportamientos y formas de enseñar de aquellos que me desmotivaron de estar sentado en un pupitre. Es importante cuestionarnos sobre nuestro rol como profesores, conversar con nuestros estudiantes, investigar sobre metodologías disruptivas, arriesgarnos a utilizar estrategias de innovación educativa, aprender a escuchar y volver a la cotidianidad (probablemente, haya muchas respuestas ahí). No olvidemos que como profesores somos esa luz que puede transformar la vida de los estudiantes, utilicemos cada clase para estimularlos a derrumbar las barreras que el infortunio les ha delegado y a proyectar el aprendizaje como una forma de vida.